

predecesores solo habian rozado mas ó menos superficialmente. Avicena, que sin razon ha obtenido en el Occidente mayor celebridad que Alfarabi, confiesa 150 años despues que solo logró comprender la *Metafisica*, de Aristóteles, cuando tuvo en sus manos los *Comentarios* de aquel á dicho libro: Alfarabi debe, pues, ser considerado como el verdadero fundador de la filosofía puramente científica en el Oriente, y el que pudiera proseguir en paz su elevado propósito es quizás el laurel mas hermoso de la corona que la fama ha ceñido al bravo y despreocupado hamdanida, pues de este modo contribuyó á crear para la posteridad una valiosa herencia, precisamente en una época cuyas catástrofes parecían que debían producir la ruina de la mitad del mundo islamita. Porque, por terribles que fueran las escenas que hasta aquí se han presentado á nuestra vista, aun nos queda reservado lo mas espantoso: la historia del trabajo de zapa y derrumbamiento del imperio por los alidas y los que se decían sus partidarios los ismaelitas. La terrible rapidez y la fuerza irresistible de este movimiento de destruccion, cuyos síntomas exteriores hemos podido apreciar en algunos pasajes del presente capítulo, solo se comprenderán debidamente cuando hayamos examinado en su origen la causa primaria del mal.

CAPITULO III

ALIDAS, ISMAELITAS Y KARMATAS

Las causas generales que desde mediados del siglo tercero (nueve) aceleraron la decadencia del califato: disminucion del vigor nacional bajo el influjo enervador de la creciente civilizacion y la mayor sensualidad de la vida en las grandes ciudades; efectos del desgobierno pretoriano y de la incapacidad de la mayor parte de los califas; agotamiento de los recursos del pueblo, como consecuencia de la prodigalidad de la corte y de la codicia de funcionarios civiles y militares; devastacion de extensos territorios y empobrecimiento de los habitantes á causa de las continuas guerras civiles, y oposicion de las comarcas y agrupaciones puramente nacionales á la mezcla de elementos árabes y persas que representaba el gobierno, fueron males que á nadie aprovecharon en mayor grado que á los alidas. Las incesantes vejaciones y opresiones á que el infeliz pueblo estaba expuesto en todas partes del imperio debían producir creciente irritacion hasta en los ánimos mas sumisos y hacer que encontraran vidas y corazones bien dispuestos aquellos que desde la exaltacion del primer abasida predicaban en secreto la ilegitimidad y reprobacion de aquella soberanía usurpada. Y así como al sobrecargar un cuerpo sólido cualquiera, sus partes inferiores son las que tienen que resistir mayor presion, de igual modo tambien el peso de las cargas de un pueblo, que se van amontonando bajo la mala administracion del Estado, se hace sentir mas dolorosamente en las capas inferiores del pueblo mismo. Sobre todo entre las poblaciones rurales era donde se exacerbaba cada día mas la desesperacion producida por el desórden general. Aunque las grandes ciudades, en particular Bagdad, padecieron bastante con las contínuas revoluciones palaciegas y guerras civiles, y fueron víctimas de las vejaciones de los turcos, podían resistir aun durante algun tiempo merced á las riquezas que el comercio y la industria habian acumulado en ellas durante generaciones, los beneficios que el fausto de la corte y de las personas principales proporcionó durante largo tiempo todavía á las artes, y al lucro que las ciudades marítimas, como Basora, continuaban sacando del cambio de productos con los países ultramarinos. Mas el agricultor, que hasta en tiempos normales se veía obligado á entregar la mayor parte de sus

rendimientos á los insaciables recaudadores de impuestos, no podia soportar que año tras año fuera pisoteada su cosecha por los caballos de los rebeldes ó de las tropas del gobierno, incendiada su vivienda y robado su ganado en el tumulto de la guerra, expuestos, además, él y los suyos á vejaciones personales en que á menudo perdían vida y honor. Mientras tanto, caían en ruinas en todo el Irak los canales y diques, tan indispensables para la irrigacion de aquellos campos, de suerte que vastas comarcas comenzaban otra vez á convertirse en pantanos ó en arenas; y á todo esto los infelices labradores tenían que seguir pagando impuestos y mas impuestos para que pudiese durar tan soberbio estado de cosas. El que haya leído el *Simplicissimus* (1) y tenga presente todavía sus primeras páginas, no tiene que hacer mas que dar colorido oriental al cuadro que allí se traza de la situacion del campesino alemán durante los últimos tiempos de la guerra de 30 años, para formarse una idea bastante exacta de los padecimientos del *fellah* (2) del Irak y de la Mesopotamia en los siglos IX y X. Pero, naturalmente, abundaban tambien en las ciudades los empobrecidos y descontentos. Hasta entre las capas medias del pueblo se habian propagado bastante aquel hastío provocado por la depravacion de la época y aquella aversion á la hipócrita arbitrariedad de los gobernantes, tan gráficamente expresados en los versos de Abu'l-Alá que transcribimos en el capítulo anterior. Pero los esclavos, cada día tratados con menos humanidad, y la plebe, constantemente en aumento y mas miserable á causa de la sucesiva disminucion de las ganancias regulares de los oficios, eran las clases que se encontraban en casi todas partes en las mas funestas disposiciones.

Cuando los ricos y los mas encumbrados, á quienes la ventaja de su posicion permite mejor educacion y ejercer la humanidad y por lo mismo están á ello obligados, no quieren acordarse de tales cosas, surge entonces, desgraciadamente, la natural consecuencia de que las vejadas masas acaban por sublevarse con primitiva violencia y á su vez olvidan todo sentimiento humano, casi nunca en perjuicio de las personas de los culpables, que en estos casos suelen ampararse tras los muros de una fortaleza ó emigran las mas de las veces, segun la desesperada lógica de las cosas de este mundo, sacrificando á los hombres mas rectos que procuran defender la ley y la moral, y siempre en daño de la esencia de estos dos bienes mas sagrados de la misma humanidad. Explícate, pues, así perfectamente que las grandes rebeliones alidas, que mas que las guerras exteriores y los caprichos de independencia de los emires fueron causa de la ruina del imperio de El-Mansur, adquirieran gradualmente, desde el desdichado califato de Musta'in, el carácter de atroc salvajismo y de sed de destruccion de todo lo existente, que fué propio tambien de las guerras de los esclavos en la antigüedad, de las rebeliones de los campesinos en Alemania y de las *Jacqueries* en Francia, y que abrieran incurables heridas en la civilizacion y la vida intelectual de todo el Oriente. La creciente barbarie de los revoltosos alidas se evidencia ya en la sublevacion de Abu's Saraya cuando las causas que debían producir la decadencia, indicadas al principio de este capítulo, solo empezaban á ejercer en corta medida su influencia. De los tres alzamientos alidas que

(1) *Simplicius Simplicissimus*, novela de Cristóbal von Grimmelshausen (siglo XVII), muy apreciada y popular en Alemania principalmente por la exacta y viva descripción que hace de la época tormentosa de la guerra de 30 años. (N. del T.)

(2) *Fellah* significa literalmente «arador», y corresponde por lo mismo á nuestro labrador, pero de hecho su situacion era análoga á la del siervo del terruño de la Edad media.

amagaron el reinado de Mótamid, uno de ellos, que se produjo en Kufa en el año 256 (870), parece que no se diferenció en manera notable de las anteriores empresas de esta especie; otro, ocurrido en Medina en 271 (884-885), tomó ya peor carácter, aunque quedó circunscrito á los estrechos límites de aquella ciudad. Pero fué una guerra de esclavos de las mas graves la que estalló en Basora en 255 (869) y durante mas de catorce años devastó el Irak meridional y el contiguo Chusistan. Un hombre de la aldea de Warsenin, cerca de Rei (Teheran), y de origen árabe, llamado Ali Ibn Mohammed, en cuya familia eran hereditarias desde algun tiempo las convicciones siitas, tuvo la idea de presentarse en Bahrein, en el año 249 (863), como miembro de la familia de los alidas. Sus relaciones personales con la tribu de los Abdelkeis, que desde antiguo habitaba allí y á la cual pertenecía por su origen verdadero, parece que le facilitaron el éxito de su impostura: encontró bastantes partidarios entre los siempre revoltosos beduinos, á la sazón muy adictos á los alidas, como ya nos consta; pero fué finalmente arrojado de allí por el lugarteniente de Mo'otás, que era califa entonces, y tuvo que huir á Basora. Perseguido tambien en esta ciudad, marchó á Bagdad, pero despues de subir al trono Mótamid regresó á Basora á fines de 255 (869), donde entretanto se habia cambiado el lugarteniente, y alzó allí la bandera de la rebelion el día 26 ó 28 de Ramadan (7 ó 9 de setiembre). Concedor de todas las condiciones de aquella gran ciudad marítima, se dirigió especialmente á los esclavos negros, llevados allí por los barcos en número considerable. Los árabes daban entonces á la costa de Zanzibar y á sus habitantes el nombre de *Es-Sindsch* (1) y llamaban así tambien á los negros, de los cuales se ha hecho siempre desde allí y hasta casi la época presente un provechoso tráfico; de ahí que se designe generalmente la rebelion de Ali Ibn Mohammed con el nombre de «guerra de los *sindsch*» y á él mismo con el de «señor de los *sindsch*.» Tambien se le da el sobrenombre de *El-Jabit*, «el mónstruo», que harto merecido tiene. Marchando de Basora, de la que no podia hacerse dueño tan fácilmente, emprendió primero correrías por las inmediaciones, libertando en todas partes á los esclavos, matando á los señores, incendiando un sinnúmero de poblaciones; y recibiendo de acá y allá refuerzos de esclavos fugados y gentes en la miseria, derrotó varias veces á las tropas del gobierno, que acudían para poner coto á sus desmanes. En 25 de Redscheb de 256 (28 de junio de 870) se apoderó de Obolla, que fué destruida en su mayor parte, y poco despues de Abbadan por capitulacion de sus atemorizados habitantes; luego recorrió saqueando y asesinando el Chusistan hasta la capital Ahwas, que cayó en sus manos el 12 Ramadan (13 agosto). Entretanto Mótamid habia enviado á Sa'id Ibn Salih con un ejército respetable á Basora para combatir á los *sindsch*, y en el transcurso del año 257 (870-871) logró Sa'id algunos triunfos, pero á fines de Scha'aban (mediados de julio de 871) se dejó sorprender una noche por Yahya Ibn Mohammed El-Bahrani (2), teniente del Jabit, sufriendo grandes pérdidas, lo que le valió la destitucion de su mando. Tres de sus sucesores fueron asimismo derrotados por Ali Ibn Aban, otro de los cabecillas de los *sindsch*. Las huestes constantemente engrosadas de éstos llegaron á tomar por asalto á Basora el 16 ó 17 de Schawwal de 257 (7-8 de setiembre de 871). Fácil nos es figurarnos las atrocidades que cometerían aquellas hordas de esclavos en la

(1) *Zingis* de los griegos.

(2) Esto es, el de Bahrein. Se le habian, pues, juntado algunas partidas de beduinos de los primeros que estuvieron con Jabit; los historiadores así lo hacen constar expresamente en fecha posterior, mas esta circunstancia debió ser la misma desde el principio.

gran ciudad comercial, donde muchos de ellos tenían que vengar en sus antiguos señores todo género de malos tratos é injusticias, gozándose tambien los salvajes beduinos en la matanza.

El-Bahrani mandó acuchillar á montones de infelices que se habian entregado bajo promesa de que sus vidas serian respetadas; Ali Ibn Aban incendió la mezquita principal, y durante tres días fué devastada atrozmente toda la ciudad. Entretanto el califato habia pasado en Bagdad á manos de Mótamid, y el mejor órden que su hermano Muwaffak estableció muy pronto allí, y en particular entre los turcos, hizo posible que á principios del mes de Zul-ka'ada de 257 (fines de setiembre de 871) se enviase á Mohammed El-Muwallad con nuevas tropas contra los *sindsch*. Estos ya habian evacuado á Basora; acostumbraban á saquear cuanto era posible las grandes ciudades, pero su fuerza consistía en saber aprovechar las condiciones naturales de aquel país, cruzado en todos sentidos por corrientes y canales: en los puntos de mas difícil acceso establecian sus campamentos, que poco á poco se fueron convirtiendo en ciudades fortificadas, y de allí salían en la direccion que mas les convenia por el momento, para emprender una nueva correría ó para derrotar en una de sus acostumbradas sorpresas nocturnas á las tropas del califa que les hacían frente. Así hizo El-Bahrani con Muwallad en las cercanías de Basora, y en el Chusistan Ali Ibn Aban con Mansur Ibn Scha'afar (258 = 871); y cuando en Rabí I de 258 (enero-febrero de 872) el mismo Muwaffak se encargó del mando en jefe, se vió obligado tambien, despues de varios sangrientos combates, á retroceder hasta Wasit. Dejó luego otra vez el mando en manos de Muwallad, pero como éste no supiera impedir el nuevo saqueo de Ahwas, en 259 (873), se confió entonces la direccion de la guerra al probado general turco Muza Ibn Boga. Mientras los jefes subalternos de Boga, siguiendo un plan metódico, rechazaban gradualmente á los rebeldes desde el Chusistan hácia el delta del Eufrates, se alzó en Fars Mohammed Ibn Wasil, que se proponía aprovecharse de la decadencia de los tahiritas y de su pugna con Saffar, entonces en creciente prosperidad, para crearse un señorío independiente, y ya en el año 256 (870) se habia rebelado abiertamente contra la autoridad del califa. Esta vez llegó á penetrar en el Chusistan; Abderrahman Ibn Muflih, que de los jefes que estaban al frente de las tropas que combatían á los *sindschs* era el que se hallaba mas próximo al foco de aquella nueva sublevacion, se vió obligado á hacer frente á la peligrosa diversion; pero no solo perdió la batalla, dada en el año 261 (fines de 874 ó principios de 875) cerca de Ramhormus, sino tambien la vida en ella. Cierto que entonces Yacub Es-Saffar, que en los últimos años habia conquistado las provincias orientales, menos la Transoxania, á los tahiritas, y el Tabaristan y la Media á los alidas, arrojó á Ibn Wasil del territorio usurpado (Zul-ka'ada de 261 = agosto de 875), pero solo para volverse inmediatamente con todas las fuerzas de la Persia reunidas en sus manos contra el califa, ó sea contra Muwaffak, el cual se vió así en la mas apurada situacion cogido, como entre dos fuegos, entre Saffar y los *sindsch*. Entonces desplegó toda aquella energía á la cual la dinastía de las abasidas debió otra vez su salvacion. Habiendo fracasado todas sus tentativas para lograr una avenencia amistosa con Saffar, mandó retirar hasta la capital todas las tropas que hacían frente á los *sindsch*, menos la guarnicion de Basora, y cuando Saffar hubo llegado á mitad del camino entre Wasit y Bagdad, le salió al encuentro, cerca de Deir El Akul, á orillas del Tigris, con todas las fuerzas que tenia disponibles y le derrotó el día 9 de Redscheb de 262 (8 de abril de 876) en reñido combate, en el cual quedó he-

rido el valiente adversario. Saffar tuvo que emprender la retirada hacia el Chusistan, que en parte quedó en su poder, habiendo sido ocupada entretanto la otra por los *sindsch*, que á las órdenes de Alí Ibn Aban habían hecho grandes progresos hacia el Norte y el Este. Tuvo Saffar bastante dignidad para no aceptar la alianza que le ofrecieron las bandas de esclavos; pero como despues de su derrota, Ibn Wasil había vuelto á alzarse en Fars y al mismo tiempo había estallado una rebelion contra su autoridad en el Corasan, se vió obligado á dirigirse al Este para tomar las medidas necesarias á fin de desbaratar tan peligrosas diversiones. En cambio el curdo Mohammed Ibn Obeidallah, á quien dejó en Chusistan y que no era tan delicado en la eleccion de sus aliados, entabló negociaciones con los *sindsch* y logró su cooperacion en la lucha que iba á tener con las tropas del califa, que avanzaban contra él. Muza Ibn Boga había sido enviado contra Ahmed Ibn Tulun; su sucesor, Mesrur El-Balhi, destacó á Ahmed Ibn Leithaweih al Chusistan, y este entendido general derrotó á los aliados *sindsch* y saffaritas cerca de Sus (Susa, 262=876). Estalló entonces la discordia entre ellos; Mohammed se retiró é Ibn Leithaweih pudo en sucesivos combates rechazar mas allá de Ahwas á los *sindsch* mandados por Alí Ibn Aban, fijando luego su cuartel general en Tuster, desde donde mantuvo en jaque (263=876-877). Entretanto regresó Saffar del Este; Ibn Leithaweih, obrando con prudencia, se retiró entonces hacia el Irak, dejando á sus dos adversarios en libertad para que se destrozaran mutuamente. En efecto, llegó á haber alguna escaramuza; pero convínose luego en un armisticio, mediante el cual obtuvo Saffar á Ahwas, quedando así los *sindsch* circunscritos á una pequeña parte del Chusistan (263=877). Con tal motivo pudieron éstos desplegar con nuevo vigor sus fuerzas hacia el otro lado, el Irak. Su caudillo á la sazón en estas comarcas, Suleiman Ibn Schami, infligió, en la lucha de guerrillas entre los canales y pantanos, desastrosas derrotas á varios jefes turcos de Muwaffak y tambien á Muwallad; llegó á apoderarse de Wasit, que fué saqueada como de costumbre, y si bien Ibn Leithaweih, el cual tambien desplegó su actividad en este territorio, rechazó por de pronto á Suleiman (265=878), no pudo impedir despues que éste empezara otra vez sus correrías mas allá de Wasit hasta mitad del camino de Bagdad, de tal suerte que todos los habitantes del Irak inferior se refugiaron espantados en la capital (265=879).

Por grave que pareciese todavia la situacion del califa en 265 (877-878), el enérgico y previsor Muwaffak había desarrollado durante los últimos años desde la Siria hasta el Oxo una política tan sensata y eficaz que, favorecida por felices casualidades, debía dar un excelente resultado. Si bien Ahmed Ibn Tulun era aun dueño de toda la Siria y parte de la Mesopotamia, acababa de obligarle la rebelion de su hijo Abbas á regresar al Egipto, y dos años despues había ya logrado Muwaffak la adhesion á la causa del califa del lugarteniente del tulunida en Rakka, que tenía bajo su jurisdiccion los distritos de la Siria del Norte y de la Mesopotamia. Los *jaridschitas* que había en las inmediaciones de Mosul fueron tambien continuamente derrotados; pero lo mas importante fué que en los samanidas de la Transoxania, que en 261 (875) habían recibido directamente de Bagdad la investidura de la lugartenencia en aquella extensa provincia, halló el regente aliados mucho mas eficaces que los del Corasan, sublevados contra Saffar, para la lucha con este tan valiente como rebelde vasallo. La presion que ejercian en el Este sobre el poder de Saffar, debió de mejorar la situacion del califato en el Irak, tanto que si bien aquel conservó hasta su muerte, ocurrida el día 9 de Schawwal

de 265 (4 de junio de 879), toda la parte Norte y Este del Chusistan, no pudo ya hacer tentativa alguna contra el Irak. Su hermano y sucesor Amr fué rechazado lenta pero constantemente de todas partes por sus adversarios. Cierta que de este modo los *sindsch* volvian á tener por el pronto libertad de accion en la mayor parte del Chusistan; pero desde el momento en que Muwaffak no tuvo ya que temer por la capital del lado de Saffar, no era sino cuestion de tiempo poner término á la ignominiosa guerra de los esclavos. Por su parte, los caudillos de los negros, no menos tenaces que astutos, no dejaban de valerse de todos los medios para sostenerse: cuando Alí Ibn Aban, volviendo á penetrar en el Chusistan hasta Tuster (265=879), sufrió dos terribles derrotas á manos del teniente de Mesrur, el turco Tekin, logró sobornar á esta buena persona para que, en vez de proseguir la lucha y recoger los frutos de las ventajas obtenidas, permaneciese inactivo en Tuster, dando tiempo á los rebeldes para rehacerse. Si bien Mesrur tuvo aviso de lo que ocurría y mandó prender al traidor, no pudo impedir que los aventureros que habían estado á las órdenes de éste se pasaran unos á los *sindsch* y otros á Mohammed Ibn Obeidallah (583), que seguía en posesion de una parte del Chusistan, por la forma, á nombre de Amr, hermano de Saffar. Entre Mohammed é Ibn Aban empezó otra vez la antigua farsa de procurar, bajo la capa de la amistad, arrojar uno al otro fuera del país. A la postre venció Alí Ibn Aban, y aquel tuvo que decidirse á reconocer como su señor soberano, en lugar del saffarita, á El-Jabit, el cual naturalmente se hizo llamar califa y como tal mandó acuñar moneda propia y puso todo empeño en que su nombre fuese mencionado en la oracion del viernes. No duró mucho, sin embargo, la exaltacion de Mohammed como vasallo del Jabit; cuando éste comenzó á decaer, sometiése Ibn Obeidallah al verdadero califa y obtuvo fácil perdon (267=881). En efecto, la situacion del príncipe de bandoleros fué empeorando de continuo, pues si bien en 266 (880) logró aun infligir una derrota al turco Agartmysch, en cambio desde el mes de Rabí II del mismo año (noviembre-diciembre de 879) se hallaba en el Irak el hijo del regente, Abu'l-Abbas, que fué luego el califa El-Mótadid, al frente de un nuevo ejército, apoyado por buen número de buques y lanchas que permitian penetrar en las mismas madrigueras de los *sindsch*. No era Mótadid menos enérgico que su padre (1) y supo amoldarse hábilmente al género de guerra del enemigo, que cometió por su parte la torpeza de hacer muy poco caso de él, á causa de sus veinticuatro años. Así pudo el joven general sorprender y derrotar desastrosamente á Suleiman Ibn Schami y á su colega Suleiman Ibn Muza Es-Scha'arani cerca de Wasit, obligándole á retirarse con el resto de su gente á sus ciudades fortificadas, El-Mansura, «la ciudad de la victoria,» y El-Mani'a, «la inexpugnable,» situadas entre los canales. Mótadid procedió sistemáticamente: registrando todas las corrientes, se apoderó de todas las avanzadas de los *sindsch* y expurgó de este modo un distrito tras otro; destruyó todas las barcas que pudo haber de los contrarios y avanzó, por último, sobre la misma Mani'a, en parte incendiada ya por su vanguardia á las órdenes de Abu Hamsa Naseir. Para hacer frente al peligro mas inmediato, El-Jabit mandó llamar del Chusistan á Alí Ibn Aban; pero Muwaffak reunió tambien mas tropas, y á su frente se presentó él mismo en el teatro de la guerra en el mes de Safar de 267 (setiembre-octubre de 880). Fueron entonces tomadas por asalto, una tras otra, las dos ciudades de los bandoleros, marchando

(1) Refiérese que en uno de los combates que se sucedieron luego, estuvo disparando su arco durante tan largo tiempo que llegó á sangrar su pulgar á causa del continuo esfuerzo.

luego el regente al Chusistan para libertar aquella provincia de los restos de los revoltosos que había dejado allí Ibn Aban y de este modo cubrir el flanco del grueso del ejército en su marcha hacia adelante. Así se hizo sin dificultad, y se pudo tratar ya de habérselas mas de cerca con el «Señor de los *Sindsch*.» Tenía éste su ciudad, El-Mohtara, «la selecta,» en el laberinto que formaban entonces los canales de desagüe del Eufrates-Tigris, al Oeste de Basora. Había camino que recorrer hasta llegar allí, y pasaron tres años antes de conquistar á Mohtara, que tras largo cerco cayó en poder de las tropas del califa el día 1 ó 2 de Safar de 270 (10 11 de agosto de 883). El mismo Muwaffak tomó parte en el asalto, y no se detuvo hasta que uno de los guardias personales de Lulu, lugarteniente de la Siria septentrional que prestó su auxilio para la mas pronta terminacion de la guerra, se le presentó con la cabeza de El-Jabit.

Ya hemos hecho justicia mas de una vez en páginas anteriores á la energía de que dieron tan brillantes pruebas Muwaffak y Mótadid, así en el vencimiento de la terrible revolucion de los esclavos, complicada en peligrósísima manera con la guerra contra Saffar, como en tantas otras contingencias de la agitada época de su gobierno. Había, por lo mismo, motivo justificado para esperar, á principios del año 286 (899), que iba á comenzar un nuevo período de florecimiento para la dinastía abasida. En todo el Irak reinaba perfecto orden; el Chusistan y el Farsistan se hallaban otra vez en dependencia directa del califa, así como la mayor parte de la Media, despues de las continuas guerras que el saffarida Amr había tenido que seguir contra revoltosos y samanidas, y de la muerte de los hijos de Abu Dolaf. Del Aderbidyan enviaba el *sadschida* Mohammed protestas de lealtad; Mosul estaba libre de *jaridschitas*, y la Mesopotamia y las «defensas» lo estaban de la dominacion de los tulunidas, los cuales habían prestado homenaje al califa y obligádose al pago de cuantioso tributo por la autorizacion para continuar como lugartenientes de la Siria y del Egipto. Hasta los aglabitas en Keirowan habían dado nuevo testimonio de su veneracion al vicario del Profeta, y finalmente la Arabia parecia tranquila tambien. Mas en aquel mismo año se recibió aviso de Ahmed Ibn Mohammed El-Wathiki, lugarteniente en Basora, de que en Bahrein, punto de partida del famoso Jabit, se habían producido nuevos desórdenes. Un persa de Schennaba, en la costa de Fars, llamado Abu Sa'id Hasan, hijo de Bahram, había promovido allí agitaciones, aparentemente á favor de los alidas; había logrado hacerse yerno de Hasan Ibn Sumbur, persona muy considerada en la ciudad de Katif, en el golfo Pérsico, y por influjo de éste reunir en torno suyo numerosas huestes de habitantes de la ciudad y beduinos, con las cuales ya empezaba á perturbar aquellas inmediaciones, diciéndose además que se proponia marchar sobre Basora. El califa mandó restaurar las fortificaciones de dicha ciudad y envió allí (287=900) á Abbas Ibn Amr El-Ganawi para adelantarse al ataque de Abu Sa'id. Mas cuando Abbas salió al encuentro del rebelde, fué vencido y hecho prisionero por éste. Púsole luego en libertad Abu Sa'id, enviándole con un escrito á Mótadid. En él daba al califa el prudente consejo de mantener alejadas sus tropas del suelo árabe: le decía que el modo de hacer la guerra del ejército rebelde era propio de la naturaleza del desierto y lo desconocian los turcos, que no estaban tampoco acostumbrados al clima del país y padecian tambien mucho por la escasez de víveres; que, por lo tanto, lo mas acertado seria que le dejase en paz en su Bahrein. Por mas que le costase confesarlo, Mótadid no podía desconocer que el rebelde tenía razon. Por otra parte, los beduinos se agitaban tambien en otros puntos; gentes de la tribu de Tay se habían atrevido á atacar

EL ISLAMISMO

la caravana de los peregrinos del año 287 (900); partidas de secuaces de Abu Sa'id hacian ya poco despues correrías muy cerca de Basora, y mientras que en el mismo Irak se formaban en distintos parajes bandas alidas, se apoderaban otras, si bien por corto tiempo, de San'a en la Arabia meridional: todo indicaba que había necesidad de hacer preparativos de bastante importancia antes de atreverse con toda aquella gente á la vez. Pero cuando aun no se había logrado mas que dispersar y capturar algunas de las partidas siitas del Irak, estalló tambien en la Siria (289=902) el movimiento alidita, y en el mismo año se rebelaron contra los aglabitas en el extremo Occidente los bereberes kitama, soliviantados igualmente por emisarios siitas. Estos simultáneos levantamientos dan una idea de la extension, no sospechada entonces, de la propaganda que había envuelto en sus redes á todas las provincias desde la Persia hasta los confines meridionales de la Arabia y el extremo Norte del Africa occidental; mas para mejor comprender sus efectos se hace necesario que exponamos sucintamente el desarrollo que había tenido hasta aquella época esta secreta agitacion.

Recordarán nuestros lectores que ya en época muy anterior los partidarios de la casa de Alí se habían dividido en varias sectas, segun la rama de su numerosa descendencia á que unos ú otros atribuían el derecho al imanato. La línea de Mohammed Ibn El-Hanafiye había hecho ya renuncia desde la exaltacion de los abasidas (1); durante algun tiempo figuraron entonces en primer lugar los seiditas, pero desde mediados del siglo tercero preponderaron dos nuevos bandos, á los cuales se acostumbra á designar con los nombres de «los docenos» y «los ismaelitas.» Los primeros eran llamados docenos porque contaban, empezando por Alí, doce imanes, el último de los cuales debía, segun ellos, derrocar á los impíos abasidas y fundar el reino de Dios en la tierra; los ismaelitas tenían puestas sus esperanzas en un alida en quinto grado, llamado Ismael, hijo de Scha'afar, biznieto éste de Husein, que era para ellos el séptimo de los imanes, venerando como los tres primeros á Alí, Hasan y Husein. Como es muy probable que estas dos sectas se constituyeran en vida de los imanes á que respectivamente eran adictas, podemos muy bien admitir que los docenos datan de la segunda mitad del siglo tercero (despues de 260=874) y los ismaelitas de unos cien años antes (aproximadamente, 148=766). Los cálculos de ambas sectas resultaron fallidos: ni Ismael ni Mohammed Ibn Hasan, el iman de los docenos, tuvieron ocasion para fundar el reino de Dios. Pero sabido es cuán arraigada conserva el pueblo la esperanza en el héroe ó salvador que ha de venir á poner término á todas las desdichas nacionales y sociales: si es defraudada un momento, ella misma alarga una y otra vez el plazo para su realizacion, y á menudo acaba por prolongarlo definitivamente hasta el último día de este mundo, y el salvador se hace inmortal mientras llega la hora de su final reaparicion, ya sea como Barbaroja en Kyffhauser (2), ya sea como *iman oculto* en un sitio impenetrable á los ojos humanos y solo de Dios conocido. Así se convirtieron Ismael y Mohammed en Mahdis, en cuya futura reaparicion jamás dejaron de creer sus partidarios. Pero mientras los docenos, á quienes hemos de suponer como empezando á figurar por la época de Mótadid, permanecieron fieles en lo

(1) Cierta que una narracion posterior pretende relacionar á los ismaelitas precisamente con Mohammed Ibn El-Hanafiye; mas no vale la pena de discutir la evidente inexactitud de semejante parecer.

(2) El emperador de Alemania Federico I, llamado tambien Barbaroja, al cual una leyenda popular suponía durmiendo en el antiguo castillo de Kyffhauser, esperando la reconstitucion de la unidad alemana y la vuelta al antiguo poderío.

(N. del T.)